

pronto se plantan en el relato, para decir una frase grosera y repetirla con majadera insistencia, o bien para pegar una bofetada en una riña que no tiene mayor explicación.

No demuestra el autor grandes facultades de imaginación, ni tampoco de narrador, pues el relato se arrastra penoso y lánguido en breves y fatigosas jornadas que dejan al lector desilusionado y sin deseos de seguir en su lectura. El estilo es duro, cortado, casi telegráfico y así es muy poco lo que se puede ver de ese pueblo de San Luis de los Jaules, en donde Max Jiménez sitúa los acontecimientos que le han servido de tema para escribir su novela. Acontecimientos mínimos por cierto, que en todo caso si estuvieran bien tratados podrían dar mayor calidad a esta obra, que no logra en ningún momento dar la sensación de la tierra que le sirvió de escenario ni de los hombres que en ella viven.—L. D.

<https://doi.org/10.29393/At150-276RTCC10276>

LA CANCIÓN DE CUNA, por *Germán Berdiales*.

Acaba de aparecer un nuevo libro de Germán Berdiales. Esta vez no son acotaciones a la escenificación teatral de la infancia, ni bellos tópicos acerca del teatro escolar o cuestiones de imaginación literaria que atañen al relato. Berdiales ha querido, con su fina y activa sensibilidad, tomar el alma infantil en su propia fuente, para lo cual ha ascendido hasta la propia cuna del niño. Es necesario dar relieve a esta obra, porque aborda un tema generoso y honradamente fértil para el futuro de la cultura infantil.

¡La canción de cuna! ¿Qué artista de verdad, cualquiera que sea su expresión, no ha soñado con penetrar briosamente en los jardines de tan amoroso sentimiento? Dejando por un instante el terreno puramente artístico del tema, diremos que la infancia constituye el verdadero plantel de nuestro miste-

rio emocional y psicológico. Cualquier mediana mentalidad sabe hoy, al calor de los estudios del psicoanálisis, que la infancia reserva muchos de los secretos de nuestros complejos presentes o de nuestro poder. Es en la niñez precisamente donde se plasman las materias de nuestro destino, que el tiempo desenvolverá para una mejor adecuación a los ideales o a los sentimientos que nos inspiren. Y es en la infancia también, como testimonio de todo el misterio de las grandes fuerzas que mueven la vida, donde se crean las fuentes ocultas de nuestra capacidad amorosa y de nuestra ternura. Esto explica que la infancia constituya hoy, en las angustias de los mejores espíritus, la absorción vital y el empeño ardiente de los pensamientos creadores.

Germán Berdiales, sin proponerse los temas trascendentes que revolotean en torno a la niñez, ha escrito un libro original, emotivo, con una fina urdimbre espiritual: Su primera preocupación no es la consecuencia filosófica, metafísica o moral, que acaso hubiera hecho pesado el tema, sino una ágil y generosa preocupación de artista sensible que quiere descubrir las huellas amorosas y humanas de la canción de cuna y dar, como al margen de sus andanzas intelectuales, la explicación personal del origen y los sentidos de todas las canciones que rodean nuestra infancia. Sin duda el canto primero que nimbaba o florece en nuestros primeros años tiene algún significado para nuestra alma. Puede acontecer que los hombres—o casi todos los hombres—no piensen después en ello o desechen la necesidad de ahincarse en ese misterio por demasiado simple o baladí; pero la infancia está y estará ahí custodiando y presidiendo nuestra existencia y hasta nuestros actos presentes. En ese sentido es tan fiel e inexorable como nuestra sombra. Bien dice Rilke—el gran «dormido» para la vida en razón de qué estaba «despierto» para la infancia—que tal vez se encuentra en el misterio de la niñez todo el misterio vital y espiritual del hombre. Rilke vivió entregado a esa profundi-

dad y parece que no apetecía otra iluminación. Otro tanto se podría decir del gran poeta francés Jules Supervielle, cuyos estremecimientos de la infancia adquieren matices y vibraciones suprafísicos. Desde Pitágoras, el padre de la armonía universal, hasta Buda, Cristo, Francisco de Asís, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Goethe, Schiller, Rousseau, Emerson, Carlyle, Ruskin, Ramakrishna, Walt Whitmann, Elen Key, Maeterlink, etc., sin contar los heroicos de la pedagogía de todas las patrias, el niño y, más que él, lo insondable de la infancia, ha constituido el gran torcedor del sentimiento y la ardiente palanca del corazón.

En cuestiones de infancia, encuentro, para mí, un alma profundamente patética. Me refiero al célebre matemático y pensador Blas Pascal. Este sabio torturado se refugió, acaso sin deseos de saberlo, en las honduras de la infancia para vitalizar las sequedades de su existencia. La filosofía le substrajo a las ciencias naturales. Muy pronto sintió el «soplo enardecedor» de la metafísica y se vió devorado por los dogmas que roían su tiempo. Pero Pascal, alma desgarrada y pura, no podía quedarse en la devorante indagación, y su heroísmo le llevó a descubrir una fuente eterna de la vida: el *sentimiento*. De ese descubrimiento nace aquella famosa sentencia suya: «El corazón tiene razones que la razón no comprende». Su dolor empezó desde entonces—lo había sido siempre sin saberlo—a transformarse en ternura. El filósofo instituyó para sí un orden nuevo: el del corazón. Es por el corazón como el hombre puede acercarse a fuentes esenciales de la vida. Ese misterio—y esa ternura—es la misma del tiempo primitivo, cuando la vida tiene un estremecimiento pánico y todas las cosas, en la pura realidad universal del agua simple, anhelan el goce de un sentido único: la emoción cósmica.

Germán Berdiales no ha desenvuelto su tema a través de tan recargados dédalos filosóficos. El ama la simplicidad y, como el alma iniciada en las realidades infantiles, sabe que la

armonía desea casi siempre una cosa clara. Pero su libro, que se asoma a todos los ritmos de la canción de cuna, parece no tener sino el hechizo de explicar los misterios simples del amanecer de la vida.

Es necesario que Germán Berdiales encuentre resonancia en otros corazones sensibles. Su libro se destaca, en la hora turbia que nos ha tocado vivir, como una nube blanca en un cielo cargado de plomo. En páginas en que el amor parece ser el único tema de la existencia, el autor vierte su emoción y su generosidad. Mientras pone en limpio vuelo sus sentimientos, cada cosa de la naturaleza—y del alma—parece buscar una imagen secreta correspondiente en que poder mirarse y crecer. Dentro de esa atmósfera emprenden su rotación invisible los villancicos, las nanas y rondas, como si todos los dolores del mundo quisieran existir para una Navidad Suprema: la fraternidad y el amor total entre los hombres.

Dulce milagro es este que traduce la eternidad de la vida. Los hombres siguen odiándose y cuanto se había consagrado como cultura ha rodado hecho polvo para vergüenza del mundo. La guerra parece ser la ley suprema de nuestra civilización. Pero vuelve la infancia como el eterno retorno de los valores esenciales, y una voz pura y cristalina, en lo alto del día o en los estertores de la noche, hace oír la navidad indestructible del sentimiento humano. Algo más profundo y vital que las sabidurías convencionales de la tierra parece querer articular un lenguaje maravilloso; por momentos vacila y por momentos cobra vigor y sensibilidad. Es el lenguaje en que las madres de todas las patrias se dirigen a todos los niños para entonarles el cántico fraternal y transmitirles la voz milenaria de todas las razas. La canción de cuna, que es amor, fraternidad universal, tolerancia unciosa y ansiedades de redención, agota todos los ritmos y vivifica todas las fuentes humanas. Esa canción, en las quemantes agonías del mundo enloquecido que ha creado una falsa civilización, quiere elevarse de nuevo para decir a

los mortales que se han envilecido, porque han olvidado las leyes eternas de su infancia: el amor.

Hay que agradecer a Germán Berdiales esta dulzura en que respira su libro. Su alma de escritor-artista quiere, ante todo, ser hombre cabal. Por eso, «La canción de cuna» es un verdadero acierto de su espíritu incansable, porque lo mismo sabe buscar su plenitud en los candores de la infancia que en las generosas floraciones de todos los líricos del mundo.

El libro es oloroso, humano y saludable. No sé por qué echo menos en él la exquisita presencia de Juan Ramón Jiménez. El admirable poeta andaluz es el más dulce y plural de los cantores e intérpretes de la infancia. Si no tuviera poemas irremplazables, se podrían citar algunos fragmentos de su obra única: «Platero y yo». Hay allí una férvida emanación, desde otros ángulos, de muchas infancias; hasta se podría decir que todo el libro es una extraña y hechizante canción de cuna. Y, muy junto a tan esclarecido cantor, un auténtico varón de la India: Rabindranath Tagore. Este registro de Berdiales tiene un pulso que se nutre en «La luna nueva» del hindú. Espiritualmente, se entiende. Por eso me gustaría estampar al final, como un epígrafe iniciático, estas bellas palabras de «El Jardinero» del mismo Tagore: «Que esto no sea un morir, sino un completarse».—RICARDO TUDELA.—Mendoza, 1937.



TRÓPICO, por *Fermín Estrella Gutiérrez*.

Fermín Estrella Gutiérrez es uno de los valores auténticos de la nueva literatura argentina. Su temperamento vigoroso y fino a la vez, se ha ejercitado con igual éxito en el cuento, la poesía, el ensayo crítico o la novela. En todas sus actividades artísticas evidencia una veta cardinal: la creación. Es, por eso, un espíritu esencialmente poético, tan rico para la